

De vuelta a la clase y el estatus: por qué debe reivindicarse una perspectiva sociológica de la desigualdad social*

Back to Class and Status: Or Why a Sociological View of Social Inequality Should Be Reasserted

John H. Goldthorpe

Palabras clave

Desigualdad social • Clase social • Estatus social • Movilidad social • Economistas • Epidemiólogos

Key words

Social inequality • Social class • Social status • Social mobility • Economists • Epidemiologists

Resumen

Las cuestiones relativas a la desigualdad social han adquirido recientemente una nueva centralidad política en muchas sociedades occidentales. Sin embargo, las aproximaciones a la desigualdad social que han realizado los sociólogos han sido ignoradas, especialmente en el trabajo de economistas y epidemiólogos. Los principales rasgos del enfoque sociológico son el énfasis en la desigualdad entendida en un sentido relacional más que simplemente atributivo y la distinción entre la clase social y el estatus social como dos formas cualitativamente diferentes de estratificación. Se presentan dos casos para ilustrar las limitaciones y los peligros que resultan de ignorar el trabajo empírico y conceptual de los sociólogos: el estudio de los economistas sobre la movilidad social intergeneracional y el estudio de los epidemiólogos acerca de las consecuencias de la desigualdad social para la salud y otros problemas sociales relacionados.

Abstract

Of late, issues of social inequality have assumed a new political centrality in many western societies. However, in much discussion of these issues, sociological approaches to the analysis of social inequality have been disregarded, especially in the work of economists and epidemiologists. The main features of the sociological approach are the emphasis given to inequality in a relational rather than a merely attributional sense, and the distinction between social class and social status as two qualitatively different forms of social stratification. Two cases serve to illustrate the limitations and dangers that result from neglecting the conceptual and empirical work undertaken by sociologists: the study of intergenerational social mobility by economists and the study of the consequences of social inequality for health and related social problems by epidemiologists.

INTRODUCCIÓN

Durante el largo periodo de expansión transcurrido entre el final de la Segunda Guerra Mundial y la década de 1970 se mantuvo de

manera generalizada la creencia de que las desigualdades sociales, tanto de condición como de oportunidades, disminuirían en el largo plazo. Desde la economía se consideró que la «curva de Kuznets» mostraba que la

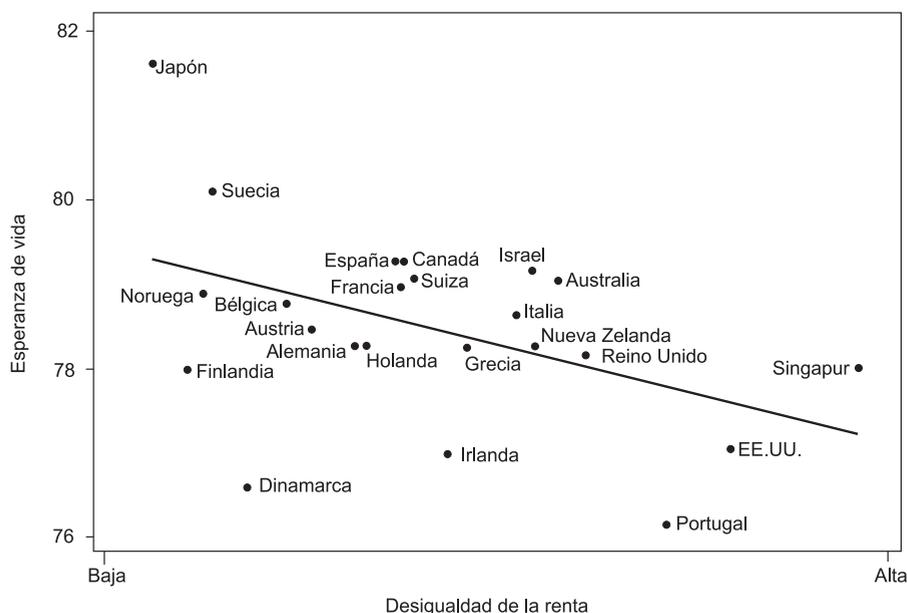
* Traducción de M^a Teresa Casado Rodríguez. La versión en inglés de este artículo puede consultarse en <http://reis.cis.es> y <http://reis.metapress.com>

desigualdad de la renta había aumentado en el «despegue» hacia el industrialismo, pero que sin embargo disminuiría a medida que se produjese un crecimiento económico continuado. Además, en muchas sociedades avanzadas la transmisión de las ventajas y desventajas económicas de una generación a otra parecía haberse debilitado grandemente, como indicaba la correlación bastante baja entre la renta de los padres y la renta de sus hijos (por ejemplo, Becker y Tomes, 1979). Se mencionaron como factores cruciales de estos desarrollos la creciente importancia para el desarrollo económico del capital humano en relación con el capital físico y de la expansión y reforma de los sistemas educativos. Desde la sociología, los teóricos del industrialismo y el posindustrialismo expresaron afirmaciones análogas. Se supuso que las viejas formas de estratificación social, más rígidas, estaban cediendo paso a una jerarquía «socioeconómica» bastante amorfa, en la que las posiciones de los individuos estaban determinadas mucho menos por la «adscripción» que por su propio «logro» educativo y ocupacional (por ejemplo, Parsons, 1967, 1971; Treiman, 1970).

Desde la década de 1980 en adelante, estas ideas optimistas han sido cada vez más cuestionadas por economistas y sociólogos por igual, a medida que iban apareciendo evidencias de que las desigualdades sociales mostraban en muchos aspectos una fuerte persistencia, si no una tendencia a aumentar. Y como las evidencias de este tipo han seguido acumulándose, las cuestiones de la desigualdad han adquirido últimamente una nueva centralidad política en muchas sociedades occidentales. Sin embargo, mientras la mayoría de los sociólogos han centrado su atención en las tendencias de la desigualdad a largo plazo, los intereses de los economistas han dado un giro más acentuado hacia el presente, con el resultado de que sus preocupaciones han llegado a tener más sintonía con las prevalecientes fuera de la academia.

El reciente interés en la desigualdad entre los economistas ha surgido de hecho de varias formas diferentes. En primer lugar, el al parecer mayor aumento de la desigualdad en el pasado reciente se ha producido en la distribución de la renta. Si bien existe cierta variación transnacional significativa a este respecto, está en todo caso bastante claro que la curva de Kuznets ya no se sostiene (Atkinson, 2008). Es más, las mejoras técnicas en el estudio de movilidad intergeneracional de la renta han producido resultados que muestran que es mucho más limitada de lo que antes se creía. La correlación entre las rentas de los padres y los hijos, que en su día se estimó tan baja como 0,2, en la actualidad se estima que puede alcanzar, en general, 0,4 o ser incluso mayor (Bowles, Gintis y Osborne Groves, eds., 2005; Björklund y Jäntti, 2009). Al mismo tiempo, la evidencia de la creciente desigualdad de la renta y una perspectiva más realista de la movilidad de la renta han fomentado nuevas reflexiones sobre las *consecuencias* de la desigualdad económica. En su día muchos supusieron que debía de haber una «compensación» entre el aumento de la desigualdad, por un lado, y la eficiencia y el crecimiento económicos, por otro (por ej., Okun, 1975). Pero los economistas se muestran ahora más dispuestos a considerar la posibilidad de que la desigualdad pueda tener efectos adversos en la eficiencia y el crecimiento (véase, por ej., Aghion, Carola y García-Peñalosa, 1999), así como en varios aspectos del bienestar individual y, en particular, en la salud.

A este último respecto, en los últimos tiempos ha surgido una interesante colaboración entre economistas y epidemiólogos. Hay un acuerdo general en que las personas económicamente más prósperas tienen, por término medio, más salud que las menos favorecidas. Pero tiende a surgir el desacuerdo sobre si, más allá de esos efectos en el nivel individual, existen también efectos de la desigualdad en el nivel de la población o, podríamos decir, efectos *contextuales*: es decir, efectos que significan que en las sociedades

FIGURA 1. *Desigualdad de la renta y esperanza de vida*

Fuente: Wilkinson y Pickett (2009).

con más igualdad los individuos en todos los niveles económicos tienen más salud que en las sociedades con menos igualdad. Algunos epidemiólogos, como Michael Marmot (2004) y Richard Wilkinson (1996, 2005; Wilkinson y Pickett, 2009) vienen a sostener que en el caso de las sociedades económicamente avanzadas actuales esos efectos contextuales tienen efectivamente un fundamento sólido. Su posición la ilustran gráficos como el de la figura 1, que relaciona la desigualdad de la renta con la esperanza de vida en 23 países avanzados. Como se puede apreciar, en estas sociedades la esperanza de vida tiende a disminuir a medida que aumenta la desigualdad. Si se aceptan estos análisis, se podría entonces extraer la implicación de que en las sociedades con mucha desigualdad, como EE.UU. o Portugal, la salud de las personas acomodadas podría no ser mejor, o incluso peor, que la salud de los pobres en las sociedades con mayor igualdad, como Japón o Suecia.

Sin embargo, la mayoría de los economistas se mostrarían escépticos respecto a la posición de Marmot-Wilkinson. Afirmarían que correlaciones como las de la figura 1 no son estadísticamente robustas. Pueden depender de la particular selección de países que se ha hecho; pueden desaparecer cuando se introducen otras variables como la educación o la etnia; y, lo que quizás es más grave, no aparecen si se adopta una perspectiva dinámica, a lo largo del tiempo (véanse, por ej., Mellor y Millo, 2001; Deaton, 2002; Leigh, Jencks y Smeeding, 2009)¹.

Con todo, esta colaboración debe, en sí misma, ser muy bienvenida. Es bueno que el

¹ Hay que añadir que otros epidemiólogos discreparían también de Marmot y Wilkinson sobre si un efecto poblacional de la desigualdad social en la salud está invariablemente presente en las sociedades avanzadas. Véase, por ejemplo, Lynch *et al.* (2000, 2004).

estudio de la desigualdad en la economía «se haya descongelado», como ha observado Tony Atkinson (1997); y es bueno también que las incursiones de los epidemiólogos en las ciencias sociales se tomen con seriedad, aunque no sin una actitud crítica. Pero lo que debe preocupar de todo esto a los *sociólogos* es el modo en que son casi totalmente ignoradas sus contribuciones distintivas —y es mi deseo mantener que muy relevantes— al estudio de la desigualdad social.

Como he sugerido, ello se debe, en parte, a que los sociólogos no han participado tan activamente como deberían haberlo hecho en los debates actuales sobre la desigualdad frente a los debates sobre las tendencias a largo plazo. Pero, según creo, se debe también a que tanto los economistas como los epidemiólogos permanecen notablemente adheridos a sus paradigmas disciplinarios, y no se han percatado de los conceptos sociológicos o se sienten incómodos con ellos y con la investigación empírica que tienen una relación directa con los debates actuales.

En consecuencia, yo diría que buena parte de la investigación reciente sobre la desigualdad realizada por economistas y epidemiólogos ha sido, en el mejor de los casos indebidamente limitada y, en el peor, deficiente. En los próximos apartados desarrollaré este argumento inspirándome en una serie de contribuciones empíricas, teóricas y conceptuales de sociólogos con dos objetivos en mente: primero, revelar lo que es principalmente distintivo en el enfoque sociológico sobre la desigualdad; y, segundo, mostrar, basándome en dos ejemplos particulares, cómo la desatención de economistas y epidemiólogos a este enfoque ha causado graves problemas.

La aproximación sociológica a la desigualdad social

En el análisis de la desigualdad, los economistas centran su atención en la renta y la riqueza, y quizás también en las desigualda-

des en el logro educativo al que, por medio de la teoría del capital humano, tratan como un determinante importante de la renta. A este respecto, se preocupan por la desigualdad en un sentido que podría calificarse de *atributivo*. La renta, la riqueza y la educación son atributos que tienen los individuos en mayor o menor grado. A diferencia de ellos, los sociólogos tienden a analizar la desigualdad en términos de clase social o estatus, por lo que tratan la desigualdad en un sentido *relacional*: es decir, en función de las relaciones sociales en las que los individuos tienen mayor o menor ventaja.

Así, en lo que creo que se está convirtiendo en una perspectiva cada vez más común, la clase llega a definirse por las relaciones sociales en los mercados de trabajo y las unidades productivas (Erikson y Goldthorpe, 1992, cap. 2; Goldthorpe, 2007, vol. 2, cap. 5; McGovern *et al.*, 2007, cap. 3). Surgen de este modo distinciones iniciales entre los empleadores, los trabajadores autónomos y los empleados; y luego entre los empleados se hacen más distinciones de acuerdo con el tipo de relación con los empleadores que se refleja en sus contratos de trabajo (tanto implícitos como explícitos). Por ejemplo, aquí se establece una distinción crucial entre, por un lado, los empleados del salariado y, por otro, los trabajadores asalariados empleados en algún tipo de trabajo a destajo o sobre una base temporal. Este enfoque sobre la clase se puede hacer operativo a los efectos de la investigación empírica mediante clasificaciones bien establecidas en la literatura sociológica —que, en algunos casos, han sido adoptadas por las oficinas estadísticas nacionales, incluyendo ahora una prototípica Clasificación Socioeconómica de la Unión Europea (Rose y Harrison, eds., 2009).

Los economistas pueden afirmar que están primordialmente interesados en la desigualdad económica más que en la social, más general. Pero hay buenas razones para mantener que, de hecho, el concepto de clase, entendido de la manera que he indicado,

genera una perspectiva más completa de la desigualdad económica que un enfoque sobre la renta exclusivamente, sobre todo sobre la renta actual. Se puede mostrar que los individuos en diferentes posiciones de clase difieren sistemáticamente no solo en función de sus niveles de renta, sino también al menos en otros tres aspectos más (Goldthorpe y McKnight, 2006; Chan y Goldthorpe, 2007): primero, en su grado de *seguridad de la renta*; segundo, en su *estabilidad de la renta a corto plazo* y, tercero, en sus *perspectivas de renta a largo plazo*. Así, los miembros del salariado directivo y profesional, además de tener ingresos generalmente superiores a los de los trabajadores asalariados, tienen un menor riesgo de perder la renta como resultado del desempleo, tienen rentas menos dependientes de la variabilidad de los sueldos y, lo que quizás es más importante, tienen rentas que continúan aumentando durante mucho más tiempo en el curso de sus vidas laborales debido a las escalas salariales incrementales y a unas relativamente bien definidas promoción y oportunidades laborales².

El énfasis en los aspectos relacionales de la desigualdad y no solo en los atributivos es, por lo tanto, un proceder que hace al enfoque sociológico distintivo. Un segundo proceder es el reconocimiento del hecho de que la estructuración de la desigualdad —o estratificación social— es más que unidimensional. Al menos desde los tiempos de Max Weber (1922/1968), los sociólogos han concebido la desigualdad no solo en función de la clase, sino también en términos de otro concepto relacional: el estatus.

El orden —o jerarquía— de estatus está formado por relaciones sociales de superio-

ridad, igualdad e inferioridad que reflejan las evaluaciones prevaletentes del honor o valor social. En las sociedades tempranas el estatus estaba vinculado típicamente a características adscritas, en particular al «nacimiento» o la «ascendencia». En las sociedades de hoy día, el estatus a menudo se vincula a las posiciones sociales, en particular a las ocupaciones, aunque también a características adscritas como la raza y la etnia (Laumann, 1966). La forma más inmediata en la que se expresa el orden de estatus es en las pautas de asociación íntima, como la amistad estrecha y el matrimonio (o cohabitación). Quienes tienen el mismo estatus comen y duermen juntos. Pero las diferencias de estatus también se expresan en los estilos de vida de diferente «distinción» que son considerados apropiados a los diferentes niveles de estatus.

Igual que hay ahora buenos instrumentos disponibles para medir la clase, hay también buenos instrumentos disponibles para medir el estatus entendido como se ha explicado antes y, especialmente, basado en la ocupación (véase, por ej., Chan, 2010)³. Y lo que se puede mostrar es que, aunque, como cabe esperar, las posiciones que ocupan los individuos en las estructuras de clase y las jerarquías de estatus están correlacionadas, esa correlación tiende a ser solo moderada. Surgen claramente «inconsistencias» de clase y estatus. En otras palabras, la clase y el estatus deben considerarse dos formas cualitativamente diferentes de estratificación social.

Es en este punto, por lo tanto, en lo que el enfoque sociológico de la desigualdad difiere más marcadamente del típico que encontramos en la epidemiología. Los epide-

² Los miembros de las clases intermedias entre el salariado directivo y profesional, y la clase trabajadora también se puede mostrar que se dividen por lo que respecta a la seguridad, la estabilidad y las perspectivas de su renta (Goldthorpe y McKnight, 2006; McGovern *et al.*, 2007: cap. 3 especialmente).

³ Adviértase que estas escalas basadas en la estructuración ocupacional de pautas de asociación íntima, como la amistad estrecha y el matrimonio, deben distinguirse tanto de las escalas de prestigio ocupacional como de las escalas de «estatus socioeconómico», basadas típicamente en datos sobre la renta ocupacional y la educación. Véase, además, Bukodi, Dex y Goldthorpe (2011).

miólogos han mostrado mucha preocupación por las desigualdades sociales —o por lo que ellos llaman «gradientes sociales»— en mortalidad, morbilidad y otros aspectos de la salud. Pero mientras demuestran un gran cuidado y sofisticación en la medición de estas variables dependientes de sus análisis, la medición que hacen los epidemiólogos de la desigualdad social es, en su mayor parte, notablemente despreocupada y *ad hoc*. El supuesto subyacente parece ser que la desigualdad es esencialmente unidimensional:

hay una única jerarquía social y las posiciones en esta jerarquía están determinadas por una serie de indicadores que son en mayor o menor grado *intercambiables*: por ejemplo, la renta, la educación o los niveles ocupacionales en tanto están determinados por varios criterios diferentes.

Sin embargo, este supuesto de la unidimensionalidad no está justificado. Aunque, como se ha señalado al principio, algunos sociólogos se han alejado de una posición weberiana para concebir la estratificación

TABLA 1. *Determinantes de las actitudes políticas en las escalas Derecha-Izquierda y Autoritario-Libertario, regresión de mínimos cuadrados ordinarios, British Social Attitudes Survey, 2002 (los coeficientes en negrita son significativos en el nivel 1%, tests bilaterales)*

	Derecha-Izquierda β	Autoritario-Libertario β
Edad	0,005	0,030
Género (ref. varón)		
Mujer	0,605	0,136
Renta (ref. < £10.000)		
£10.000-23.000	0,257	0,297
£ 23.000-44.000	0,958	0,209
> £44.000	2,153	-0,111
Cualificación (ref. ninguna)		
Certificado de Educación Secundaria (CSE)	0,472	0,193
Niveles Ordinarios	1,039	-0,261
Niveles Académicos	1,090	-0,726
Sub-grado	1,089	-0,822
Grado	0,153	-3,223
Clase (ref. I. Prof. y directivos superiores)		
II Prof. y directivos inferiores	-0,873	0,020
III Empleados de rutina no manual	-1,233	-0,004
IV Pequeños propietarios	0,021	-0,138
V Técnicos y supervisores	-1,553	0,082
VI Trabajadores manuales cualificados	-1,551	-0,340
VII Trabajadores manuales no cualificados	-1,732	-0,130
Estatus	0,684	-1,381
Constante	11,711	21,363
N	2,421	2,441
R ²	0,130	0,170

Fuente: Adaptada de Chan y Goldthorpe (2007: tabla 7).

social en términos de una única jerarquía «socioeconómica», existe de hecho una abundante literatura que muestra la continua importancia de distinguir entre la clase y el estatus. Por poner solo un ejemplo, la tabla 1 revela la relación de la clase y el estatus en Gran Bretaña con las actitudes sociopolíticas medidas de acuerdo a dos escalas consolidadas, una que capta las posiciones de los individuos en una dimensión Derecha-Izquierda y otra sus posiciones en una dimensión Autoritario-Libertario (Evans, Heath y Lalljee, 1996).

Por lo que a la escala Derecha-Izquierda se refiere, se puede ver que la clase, y también la renta, son los factores diferenciadores importantes que, además, siguen la pauta esperada —es decir, la clase trabajadora y los individuos con rentas bajas son más de izquierda— mientras el efecto de estatus no es significativo⁴. En cambio, con la escala Autoritario-Libertario, es el estatus, y también la educación, lo que cuenta —el autoritarismo disminuye con el estatus y la educación superior— mientras la clase y la renta apenas tienen consecuencias. Adoptar una perspectiva unidimensional de la estratificación social oscurece simplemente estos hallazgos muy importantes.

Una vez establecido lo que son para mí aspectos esenciales del enfoque sociológico de la desigualdad social, procedo ahora a los casos que, en mi opinión, ilustran mejor los peligros que se derivan de que economistas y epidemiólogos ignoren en su mayor parte la base conceptual de este enfoque y los hallazgos de investigación que ha producido. Por lo que se refiere a la obra de los economistas, el caso que voy a tomar es el de la movilidad social.

⁴ La educación tiene también efectos significativos, pero con una pauta curvilínea. Como se puede apreciar, los individuos con los niveles mayores y menores de cualificación educativa son más de izquierda, mientras los que tienen niveles intermedios son más de derecha.

Los economistas y la movilidad social

En los últimos años la movilidad social se ha convertido en varios países en una cuestión política central. Es, además, una cuestión que en la actualidad está atrayendo la atención de organizaciones internacionales, en particular de la OCDE. Sin embargo, lo que es notable acerca de los informes que ha producido la OCDE (por ej., Causa, Dantan y Johansson, 2009; OCDE, 2010: cap. 5) es que han sido escritos enteramente por economistas, que nunca van más allá de los límites de su paradigma disciplinario y hacen poca o ninguna referencia al importante cuerpo de trabajo que los sociólogos han hecho previamente en este campo. La movilidad social se equipara simplemente con movilidad de la renta o los ingresos, sin realizar intento alguno de explicación o justificación. Me propongo mostrar por qué esto es desafortunado considerando los aspectos de un debate con los economistas sobre la movilidad social en Gran Bretaña en el que hemos participado otros y yo mismo.

Los economistas implicados, principalmente Jo Blanden y sus colegas, investigaron la movilidad de la renta utilizando datos de estudios de dos cohortes que incluían a todos los hijos nacidos en Gran Bretaña en una semana de 1958 y otra semana de 1970. Relacionaron los ingresos de estos hijos en sus treinta y pocos con las rentas de sus familias cuando eran adolescentes. Y proclamaron que habían encontrado una asociación más fuerte entre la renta familiar y los ingresos posteriores de sus hijos para la cohorte de 1970 que para la cohorte de 1950: es decir, había menos movilidad de la renta en la cohorte posterior que en la anterior (Blanden *et al.*, 2004). Esta investigación tuvo un enorme impacto en los medios de comunicación y los círculos políticos. Condujo a la creencia generalizada de que la movilidad social en Gran Bretaña estaba disminuyendo de forma notable. Los tres principales partidos políticos han publicado informes sobre el

supuesto problema y el gobierno de coalición actual ha seguido los pasos del anterior gobierno del Nuevo Laborismo estableciendo como uno de sus objetivos el aumento de la movilidad social.

Sin embargo, Michelle Jackson y yo mismo (Goldthorpe y Jackson, 2007) hemos utilizado los mismos datos de cohortes de nacimiento que los economistas para investigar la movilidad de *clase* intergeneracional y, al mismo tiempo, para distinguir entre las tasas de movilidad *absoluta* y las tasas de movilidad *relativa*: es decir, entre las tasas de movilidad medida en términos de simples porcentajes y las tasas de movilidad medidas con las *odds ratios* que muestran el grado de asociación existente entre la clase de los padres y la clase del hijo cuando se lo considera *con independencia* del cambio estructural de todas las clases (sobre esta distinción, véanse, además, Erikson y Goldthorpe, 1992: 54-59; Breen, 2004). Por lo que se refiere a las tasas de movilidad relativas —o la llamada fluidez social—, descubrimos, a diferencia de los economistas, que no se apreciaba *ningún* cambio significativo entre las cohortes de 1958 y 1970⁵. Además, Colin Mills y yo hemos analizado datos de 13 encuestas nacionales por muestreo realizadas entre 1972

y 2005, lo que proporciona una base más sólida que los estudios de cohortes para valorar las tendencias de movilidad en la población (Goldthorpe y Mills, 2008). Sobre esta base se apoya el descubrimiento de Goldthorpe-Jackson: en el periodo estudiado, apenas se aprecia tendencia en las ligeras fluctuaciones de las tasas relativas de movilidad de clase.

Sin duda, no hay razón alguna que explique por qué los estudios de la movilidad de renta y los de la movilidad de clase deben mostrar los mismos resultados. Pero sí interesa examinar mejor en qué difieren. Así, en otro artículo, Robert Erikson y yo (Erikson y Goldthorpe, 2010) hemos retomado los datos de las cohortes de nacimiento y hemos realizado más análisis utilizando *solo* los miembros de las dos cohortes que se podían incluir en los análisis de los economistas y en el análisis de Goldthorpe-Jackson: es decir, aquellos individuos para los que tenemos datos de movilidad de renta y de movilidad de clase.

La tabla 2 muestra algunos resultados de un ejercicio de modelación loglineal que relaciona las tablas de movilidad de estos individuos basadas en quintiles de renta y en cinco clases sociales. Adviértase, antes de nada, que los hallazgos anteriores se confirman plenamente. Para la movilidad de clase, el modelo de fluidez social constante (FSC) proporciona un ajuste aceptable tanto para varones como para mujeres, lo que no es mejorado por el modelo UNIDIF, que propone un cambio uniforme en el nivel de las log-odds ratios que define la movilidad relativa. Pero para la movilidad de la renta, el modelo UNIDIF mejora significativamente el modelo FSC tanto para varones como para mujeres, y los parámetros para la cohorte de 1970 son positivos en ambos casos, lo que indica una menor fluidez para esta cohorte que para la de 1958, que es el hallazgo de los economistas. En concreto, el modelo implica que todas las log-odds ratios que fundamentan las tablas de movilidad de la renta aumentan en un factor de 1,54 en el caso de las mujeres y de 1,70 en el de los varones.

⁵ Hasta hace poco tiempo al parecer los economistas han tratado las cuestiones de movilidad sin percatarse de la distinción entre tasas absolutas y tasas relativas. Cuando la renta se analiza en términos del movimiento entre los quintiles de renta, el análisis está indudablemente «relativizado» desde el principio. Pero cuando la movilidad se calcula en términos de «elasticidades» —es decir, mediante la regresión de la renta de los hijos sobre la renta de los padres— los efectos de la asociación neta existente entre estas variables y de las diferencias en sus distribuciones tienden a confundirse. Björklund y Jäntti, dos economistas que trabajan en este campo con un conocimiento inusual de la literatura sociológica, han propuesto recientemente (2009) usar las correlaciones en lugar de las elasticidades cuando la preocupación principal es el cambio de la movilidad en el transcurso del tiempo o en la variación entre las sociedades. De hecho, Blanden *et al.* (2004) usan todos los métodos indicados anteriormente y en todos los casos descubren un descenso en la movilidad en las dos cohortes que estudian.

TABLA 2. Resultados de los modelos^a de ajuste de independencia, fluidez social constante (FSC) y diferencia uniforme (UNIDIF) para el quintil de renta y las tablas de movilidad de cinco clases para las cohortes británicas de nacimiento de 1958 y 1970

Tabla	Modelo	G ²	P ^b	DI
varones (N = 3.415)				
Quintil de renta	Independencia	248,7	0,00	10,2
	FSC	19,6	0,24	3,1
	UNIDIF	9,5	0,85	1,9 β (1970) = 1,54
Cinco clases ^c	Independencia	410,0	0,00	13,2
	FSC	12,7	0,70	2,3
	UNIDIF	12,5	0,64	2,3 β (1970) n.s.
mujeres (N= 3.009)				
Quintil de renta	Independencia	192,0	0,00	9,4
	FSC	31,8	0,01	4,1
	UNIDIF	21,0	0,13	3,5 β (1970) = 1,70
Cinco clases ^c	Independencia	291,8	0,00	12,2
	FSC	23,9	0,09	2,8
	UNIDIF	22,6	0,09	2,6 β (1970) n.s.

^a Independencia: $\log F_{ijk} = m + I_i^O + I_j^D + I_k^C + I_{ik}^{OC} + I_{jk}^{DC}$
 FSC: $\log F_{ijk} = m + I_i^O + I_j^D + I_k^C + I_{ik}^{OC} + I_{jk}^{DC} + I_{ij}^{OD}$
 UNIDIF: $\log F_{ijk} = m + I_i^O + I_j^D + I_k^C + I_{ik}^{OC} + I_{jk}^{DC} + b_k X_{ij}$
 (O = origen, D = destino, C = cohorte)

^b Los grados de libertad son: modelo de independencia, 32; modelo FSC, 16; modelo UNIDIFF, 15.

^c 1: profesionales y directivos superiores; 2: profesionales y directivos inferiores; 3: técnicos y trabajadores no manuales de rutina superiores; 4: trabajadores manuales cualificados; 5: trabajadores no manuales de rutina inferiores y trabajadores manuales no cualificados.

Fuente: Adaptada de Erikson y Goldthorpe (2010: tablas 2 y 3).

Sin embargo, se deben advertir además los valores del estadístico G² calculados bajo el modelo de independencia. Tanto para los varones como para las mujeres, estos valores son mucho mayores para la movilidad de clase que para la movilidad de renta, lo que sugiere que en el caso de la clase prevalece una asociación intergeneracional más fuerte que en el caso de la renta. Para comprobar esta posibilidad más directamente, Erikson y yo calculamos las log-odds ratios globales que resultan de dividir las tablas 5 × 5 de movilidad de clase y de renta en sucesivas tablas 2 × 2, y luego promediamos estas ratios. La tabla 3 revela estos resultados.

En todos los casos, tanto con los promedios no ponderados como con los ponderados⁶, las odds ratios son mayores —es decir, existe una asociación intergeneracional más fuerte— en el caso de la clase que en el caso de la renta. Esta diferencia es muy notable —y estadísticamente muy significativa— en la cohorte de 1958, mientras disminuye en la cohorte de 1970, especialmente en el caso de los varones (véase además Cox, Jackson y Lu, 2009).

Erikson y yo argüimos en nuestro artículo que los datos de la renta que usan los eco-

⁶ Las ponderaciones utilizadas son las varianzas invertidas de las log-odds ratios.

TABLA 3. Promedios de las log odds ratios obtenidas de dividir 2 x 2 las tablas del quintil de renta y de movilidad de cinco clases

Promedios		Varones		Mujeres	
		Renta	Clase	Renta	Clase
No ponderados	1958	0,60	1,17	0,48	0,84
	1970	0,97	1,03	0,79	1,00
Ponderados	1958	0,58	1,12	0,46	0,84
	1970	0,94	1,02	0,80	0,99

Fuente: Adaptada de Erikson y Goldthorpe (2010: tabla 4).

nomistas plantean importantes problemas que hacen cuestionable el descubrimiento de la movilidad descendente entre las dos cohortes. Sin embargo, para nuestros propósitos aquí este aspecto puede dejarse a un lado. Lo importante ahora es que aunque se hubiese producido una disminución en la movilidad de la renta, esta disminución habría tenido lugar en un régimen de movilidad de clase que muestra *tanto* una menor fluidez en general *como* una mayor estabilidad en el tiempo. En otras palabras, es el régimen de movilidad de clase lo que parece que de forma más completa y fiable capta la continuidad en la ventaja y desventaja económicas que persisten en las generaciones —como cabría esperar dada la relación entre la clase y la renta que se describió anteriormente—. Los estudios que se basan solo en la movilidad de la renta —como los de la OCDE— parecen por tanto correr el grave riesgo de subestimar la propensión a la *inmovilidad* económica.

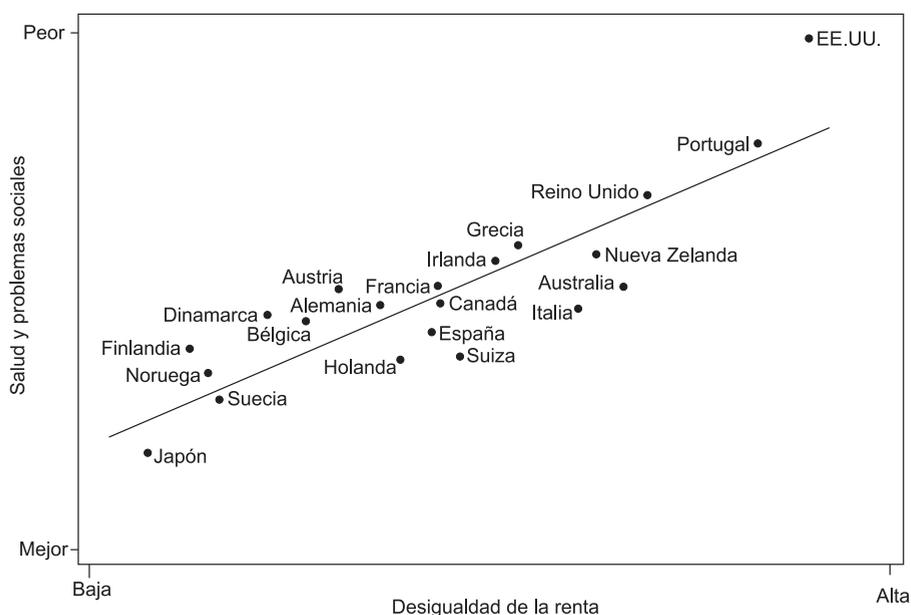
A este respecto, es relevante añadir que Erikson y yo investigamos además la relación en las dos cohortes de nacimiento británicas entre el logro educativo de los hijos y la renta familiar y la clase social de los padres. Los resultados que obtenemos están en la misma línea que los que se indican para la movilidad en las tablas 2 y 3. La asociación entre el logro educativo de los hijos y la renta

familiar sí se fortalece a lo largo de las dos cohortes —como de hecho han informado los economistas (Blanden y Machin, 2004; Blanden, Gregg y Machin, 2005)— mientras la asociación entre el logro educativo de los hijos y la clase de los padres no experimenta ningún cambio significativo. Pero, en ambas cohortes por igual, la asociación del logro educativo con la clase es mayor que la asociación con la renta familiar (Erikson y Goldthorpe, 2010: tablas VII y VIII). Una vez más, por tanto, centrarse simplemente en la renta más que en la clase parece conducir a subestimar el impacto de la clase social en las oportunidades de vida de los hijos. La desigualdad relacional tiene más consecuencias que la desigualdad atributiva.

Me ocupo ahora del caso que me interesa considerar respecto de los epidemiólogos, que concierne a las consecuencias de la desigualdad social.

Los epidemiólogos y las consecuencias de la desigualdad social

He mostrado antes, en la figura 1, un gráfico procedente de la obra de Wilkinson y Pickett (2009) que relaciona la desigualdad de la renta con la esperanza de vida en una serie de sociedades avanzadas. La figura 2 es otro gráfico tomado de la misma obra que relaciona la desigualdad de la renta con un índice más general de salud y otros problemas sociales.

FIGURA 2. *Desigualdad de la renta y salud y problemas sociales*

Nota: La salud y los problemas sociales están estrechamente relacionados con la desigualdad de la renta en los países ricos.

Fuente: Wilkinson y Pickett (2009).

Es evidente que la pauta trans-societal de la figura 2 es esencialmente la misma que la de la figura 1. A medida que aumenta la desigualdad de la renta, empeoran la salud y otros problemas sociales.

Sin embargo, lo que es importante advertir es que Wilkinson y Pickett no creen que lo que aquí se revela sean las consecuencias directas —es decir, materiales— de la desigualdad de la renta. Antes bien, hacen la suposición que antes he mencionado de que la estructura de la desigualdad social es esencialmente unidimensional, por lo que toman la desigualdad de la renta como un indicador fiable de lo que para ellos es el factor causal crucial que subyace en su gráfico, es decir, la desigualdad de *estatus*. Es la desigualdad de estatus —y la incertidumbre e intranquilidad, la autoestima dañada y la falta de confianza

que genera— lo que influye más generalmente en la salud y en el bienestar individual y social. El estrés psicológico creado por la desigualdad de estatus ejerce sus efectos negativos de dos maneras: de forma más inmediata en la salud a través de mecanismos neuroendocrinos, pero también, a la larga y de forma más generalizada, fomentando comportamientos perjudiciales, como fumar, comer en exceso, la promiscuidad sexual o la violencia.

Esta perspectiva de los efectos de la desigualdad de estatus en es sí controvertida⁷.

⁷ Los mismos epidemiólogos mencionados en la nota 1 que dudan si un efecto poblacional de la desigualdad en la salud está siempre presente, también creen (Lynch *et al.*, 2000, 2004) que, cuando ese efecto está presente, opera menos a través de los efectos psicológicos de

Pero quiero exponer aquí un problema que subyace al argumento de Wilkinson y Pickett: el supuesto de que la estratificación social es unidimensional y de que el grado de desigualdad de estatus en una sociedad se puede por lo tanto *inferir* de forma fiable del grado de desigualdad de la renta. Como he señalado ya, la evidencia disponible indica que las posiciones de estatus y de clase de los individuos están correlacionadas solo moderadamente, y lo mismo es cierto de sus posiciones de estatus y sus niveles de renta (Chan, 2010). Sería por lo tanto arriesgado suponer que existe una situación diferente en el nivel societal, y de hecho hay un caso en particular que apoya este argumento: el de Japón.

Como se puede apreciar en la figura 2, Japón se sitúa en el extremo «bueno» del gráfico de Wilkinson y Pickett. Japón tiene una desigualdad de la renta comparativamente baja —principalmente debido a la baja desigualdad de ingresos— y también tiene una buena puntuación en el índice de salud y problemas sociales. Sin embargo, entre los estudiosos de la estratificación social comparada, Japón destaca por tener una jerarquía de estatus muy definida, jerarquía que, en un grado inusual, está formalizada y encarnada en el lenguaje mediante el uso extensivo de distinciones honoríficas. Citando a un destacado experto, Harold Kerbo (2003: 478-80), «los japoneses parecen obsesionados con el rango y la jerarquía»; en la vida cotidiana, solo «una vez que los marcadores relevantes del estatus... se han establecido... es cuando los negocios de comer, hablar, beber o cualquier otra actividad pueden proceder de una forma ordenada que difícil-

mente ofenderá a alguien que espera una mayor deferencia de estatus». Kerbo, de hecho, llega a sugerir (2003: 509-512) que para los individuos que ocupan puestos de nivel alto, por ejemplo en el mundo corporativo, el alto estatus es en sí mismo una recompensa que contribuye a compensar su relativamente baja remuneración material. El caso japonés plantea, por lo tanto, serias dificultades a Wilkinson y Pickett —de las que al parecer son bastante inconscientes—, y en general subrayan la necesidad de que los epidemiólogos se muevan hacia una concepción más sofisticada y sociológica de la desigualdad social⁸.

Por último, para plantear este punto de manera más positiva, quisiera mencionar una investigación reciente de dos sociólogos, Jenny Torssander y Robert Erikson (2010), que se han movido hacia el territorio de la epidemiología en buena medida como reacción contra su concepción unidimensional de la estratificación. Torssander y Erikson usan datos de registros de toda la población sueca para investigar las desigualdades en el riesgo de mortalidad por clase y estatus, como variables «relacionales», y también por renta y educación, como variables «atributivas». La tabla 4 muestra algunos de los resultados obtenidos.

Cuando las cuatro variables explicativas se toman por separado, como en el panel izquierdo de la tabla, cada una revela un «gradiente» en los riesgos de muerte del tipo que cabe esperar, con la única excepción de la renta en el caso de las mujeres. Así, uno podría esperar que estas medidas de la desigualdad social fueran en mayor o menor grado intercambiables. Sin embargo, cuando —sin problemas de colinealidad— se introducen las cuatro variables al mismo tiempo

la desigualdad de estatus que a través de efectos materiales más directos, aunque no solo los de la desigualdad de la renta. Las sociedades que tienen baja desigualdad social, se afirma, tienden también a tener infraestructuras que ofrecen más apoyo en la forma de servicios sanitarios, regulación de la seguridad y la salud ocupacional, controles medioambientales, subsidios de desempleo y programas de reinserción laboral, etc...

⁸ Hay de hecho indicios prometedores de que se está iniciando un movimiento en esta dirección. Véase, por ej., Geyer *et al.* (2006) y especialmente Galobardes *et al.* (2006).

TABLA 4. Resultados de las regresiones de Cox bivariante y multivariante del riesgo relativo de muerte por clase, estatus, renta y educación, varones y mujeres suecos con edades comprendidas entre 35 y 59 años en 1990 (los coeficientes en negrita son significativos en un nivel de 5%)

	Bivariante		Multivariante	
	Varones	Mujeres	Varones	Mujeres
<i>Clase^a</i>				
1	1	1	1	1
2	1,17	0,98	1,01	0,94
3	1,37	1,18	1,07	1,01
4	1,61	1,18	1,09	0,90
5	1,87	1,36	1,18	1,03
<i>Estatus^b</i>				
Quintil 1	1	1	1	1
Quintil 2	1,19	1,05	1,04	1,02
Quintil 3	1,36	1,23	1,03	1,11
Quintil 4	1,69	1,27	1,04	1,09
Quintil 5	1,80	1,49	1,09	1,28
<i>Renta (del trabajo, promedio 1981-1989)</i>				
Quintil 1	1	1	1	1
Quintil 2	1,18	1,14	1,07	0,99
Quintil 3	1,38	1,12	1,14	0,95
Quintil 4	1,55	1,07	1,23	0,89
Quintil 5	2,29	1,14	1,81	0,92
<i>Educación</i>				
Terciaria superior	1	1	1	1
Terciaria inferior	1,14	1,04	1,06	1,06
Secundaria superior	1,26	1,23	1,13	1,17
Secundaria inferior	1,67	1,34	1,28	1,24
Obligatoria solo	1,76	1,48	1,27	1,30

^a 1: Profesionales y directivos superiores; 2: profesionales y directivos inferiores; 3: técnicos y trabajadores de rutina no manuales; 4: manuales cualificados; 5: inferiores de rutina no manuales y manuales no cualificados.

^b Escala basada en la homogamia/heterogamia ocupacional.

Fuente: Adaptada de Torssander y Erikson (2010: tabla 4).

en el análisis, como indica el panel derecho de la tabla, se aprecia un panorama diferente. La educación sigue siendo el factor principal en los riesgos de muerte para los varones y las mujeres por igual. Pero mientras el estatus sigue teniendo alguna importancia en el caso de las mujeres, en el de los varones apenas la tiene; y mientras la clase y la renta siguen siendo importantes para los varones, ninguno de los dos influye en las mujeres. En otras palabras, sobre la base de esta evidencia cualquier enfoque unidimensional

sobre la estratificación social será incapaz de revelar la evidente complejidad de la cuestión de la generación social de los riesgos de muerte.

Este postulado encuentra un buen apoyo en los resultados obtenidos por Torssander y Erikson (2009) cuando tienen en cuenta los efectos del cónyuge (o pareja) en el riesgo de muerte. Dichos resultados se pueden resumir así: una mujer que quiere vivir mucho tiempo —al menos en Suecia— lo mejor que puede hacer es emparejarse con un varón de clase

alta con elevados ingresos; pero un varón que quiere vivir mucho, lo mejor que puede hacer es emparejarse con una mujer de estatus alto con un nivel educativo también alto⁹.

CONCLUSIONES

En este artículo me he propuesto reivindicar la importancia de un enfoque sociológico para comprender la desigualdad social. En un nivel conceptual, me he referido, en primer lugar, al énfasis que los sociólogos conceden, a diferencia de la mayoría de los economistas, a los aspectos relacionales de la desigualdad en lugar de dárselo exclusivamente a sus aspectos atributivos; y, en segundo lugar, al reconocimiento de los sociólogos, a diferencia de la mayoría de los economistas, de la naturaleza multidimensional de la estructuración de la desigualdad social y, en particular, de la clase y el estatus como dos formas cualitativamente diferentes de estratificación social. Luego he intentado mostrar, en dos campos específicos, cómo la investigación sociológica ha revelado los problemas del trabajo de, respectivamente, los economistas y epidemiólogos que han ignorado estas ideas.

Creo que en años venideros —a consecuencia de la actual crisis económica y, de hecho, del tipo de economía política neoliberal de la que nace la crisis— la tendencia general será un aumento aún mayor de la desigualdad social en todas sus formas. A su vez, cabe esperar que la preocupación pública y económica por estos problemas aumente también. Las contribuciones recientes de

economistas y epidemiólogos han sido valiosas porque han contribuido a volver a enfocar la investigación social científica sobre estos problemas de la desigualdad. Pero en la actualidad es urgente que los sociólogos se impliquen más y de forma más convincente que hasta ahora en la investigación y el análisis empírico relevantes e intenten demostrar de forma explícita las ventajas distintivas que su enfoque puede proporcionar.

REFERENCIAS

- Aghion, Philippe, Eve Caroli y Cecilia García-Peñalosa (1999): «Inequality and Economic Growth: the Perspective of the New Growth Theories», *Journal of Economic Literature*, 37: 1615-1660.
- Atkinson, Anthony B. (1997): «Bringing Income Distribution in from the Cold», *Economic Journal*, 107: 297-321.
- (2008): *The Changing Distribution of Earnings in OECD Countries*, Oxford: Oxford University Press.
- Becker, Gary y Nigel Tomes (1979): «An Equilibrium Theory of the Distribution of Income and Intergenerational Mobility», *Journal of Political Economy*, 87: 1153-89.
- Björklund, Anders y Markus Jantti (2009): «Intergenerational Income Mobility and the Role of Family Background», en W. Salverda, B. Nolan y T. Smeeding (eds.), *Oxford Handbook of Economic Inequality*, Oxford: Oxford University Press.
- Blanden, Jo y Stephen Machin (2004): «Educational Inequality and the Expansion of Higher Education», *Scottish Journal of Political Economy*, 51: 230-49.
- , Alissa Goodman, Paul Gregg y Stephen Machin (2004): «Changes in Intergenerational Mobility in Britain», en M. Corak (ed.), *Generational Income Mobility in North America and Europe*, Cambridge: Cambridge University Press.
- , Paul Gregg y Stephen Machin (2005): «Educational Inequality and Intergenerational Mobility», en S. Machin, y A. Vignoles (eds.), *What's the Good of Education?*, Princeton: Princeton University Press.
- Bowles, Samuel, Herbert Gintis y Melissa Osborne Groves (eds.) (2005): *Unequal Chances: Family*

⁹ Torssander y Erikson (2009) también abordan la cuestión de las posibles relaciones que hay entre diferentes aspectos y formas de la desigualdad social y los riesgos de muerte por diferentes causas. La realización de más investigación sobre esta cuestión podría contribuir a resolver los desacuerdos actuales entre los epidemiólogos (véase la nota 7) sobre la importancia relativa de la influencia de las implicaciones «materiales» y «psicológicas» de la desigualdad en la salud.

- Background and Economic Success*, Nueva York: Russell Sage Foundation y Princeton: Princeton University Press.
- Breen, Richard (2004): «Statistical Methods of Mobility Research» en R. Breen (ed.), *Social Mobility in Europe*. Oxford: Oxford University Press.
- Bukodi, Erzsebet, Shirley Dex y John H. Goldthorpe (2011): «The Conceptualisation and Measurement of Occupational Hierarchies: A Review, a Proposal and Some Illustrative Analyses», *Quality and Quantity*, 45: 623-639.
- Causa, Orsetta, Sophie Dantan y Åsa Johansson (2009): «Intergenerational Social Mobility in European OECD Countries», OECD Economics Department Working Papers, 709.
- Chan, Tak-Wing (2010): «The Social Status Scale: Its Construction and Properties», en T.-W. Chan (ed.), *Social Status and Cultural Consumption*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Chan, Tak-Wing y John H. Goldthorpe (2007): «Class and Status: The Conceptual Distinction and its Empirical Relevance», *American Sociological Review*, 72: 512-532.
- Cox, D. R., Michelle Jackson y Shiwei Lu (2009): «On Square Ordinal Contingency Tables: A Comparison of Social Class and Income Mobility for the Same Individuals», *Journal of the Royal Statistical Society (Series A)*, 172: 483-493.
- Deaton, Angus (2002): «The Convoluted Story of International Studies of Inequality and Health», *International Journal of Epidemiology*, 31: 546-549.
- Erikson, Robert y John H. Goldthorpe (1992): *The Constant Flux: A Study of Class Mobility in Industrial Societies*, Oxford: Clarendon Press.
- y — (2010): «Has Social Mobility in Britain Decreased? Reconciling Divergent Findings on Income and Class Mobility», *British Journal of Sociology*, 61: 211-230.
- Evans, Geoff, Anthony Heath, y Mansur Lalljee, (1996): «Measuring Left-Right and Libertarian-Authoritarian Values in the British Electorate», *British Journal of Sociology*, 47: 93-112.
- Galobardes, Bruna, Mary Shaw, Debbie Lawlor, John Lynch y George Davey Smith, (2006): «Indicators of Socioeconomic Position (Partes 1 y 2)», *Journal of Epidemiology and Community Health*, 60: 7-12 y 95-101.
- Geyer, Siegfried, Örjam Hemström, Richard Peter y Denny Vågerö, (2006): «Education, Income, and Occupational Class Cannot Be Used Interchangeably in Social Epidemiology. Empirical Evidence against a Common Practice», *Journal of Epidemiology and Community Health*, 60: 804-810.
- Goldthorpe, John H. (2007): *On Sociology*, 2ª ed., 2 vols. Stanford: Stanford University Press.
- y Abigail McKnight (2006): «The Economic Basis of Social Class», en S. L. Morgan, D. B. Grusky y G. S. Fields (eds.), *Mobility and Inequality: Frontiers of Research in Sociology and Economics*, Stanford: Stanford University Press.
- y Michelle Jackson (2007): «Intergenerational Class Mobility in Contemporary Britain: Political Concerns and Empirical Findings», *British Journal of Sociology*, 58: 526-546.
- y Colin Mills (2008): «Trends in Intergenerational Class Mobility in Modern Britain: Evidence from National Surveys, 1972-2005», *National Institute Economic Review*, 205: 1-18.
- Kerbo, Harold R. (2003): *Social Stratification and Inequality*, Nueva York: McGraw Hill.
- Kuznets, Simon (1955): «Economic Growth and Income Inequality», *American Economic Review*, 45: 1-28.
- Laumann, Edward O. (1966): *Prestige and Association in an Urban Community*, Indianápolis: Bobbs-Merrill.
- Leigh, Andrew, Christopher Jencks y Timothy Smeeding (2009): «Health and Economic Inequality» en W. Salverda, B. Nolan y T. Smeeding (eds.), *Oxford Handbook of Economic Inequality*, Oxford: Oxford University Press.
- Lynch, John W., George Davey Smith, George A. Kaplan y James S. House (2000): «Income Inequality and Mortality: Importance to Health of Individual Income, Psychosocial Environment or Material Conditions», *British Medical Journal*, 320: 1200-1204.
- Lynch, John et al. (2004): «Is Income Inequality a Determinant of Population Health?» (Partes 1 y 2), *Milbank Quarterly*, 82: 5-99 y 355-400.
- McGovern, Patrick, Stephen Hill, Colin Mills y Michael White (2007): *Market, Class, and Employment*, Oxford: Oxford University Press.
- Marmot, Michael (2004): *Status Syndrome*, Londres: Bloomsbury.
- Mellor, Jennifer M. y Jeffrey Milyo (2001): «Re-examining the Evidence of an Ecological Association between Income Inequality and Health», *Journal of Health Politics, Policy and Law*, 26: 487-522.

- OCDE (2010): *Economic Policy Reforms: Going for Growth*, París: OCDE.
- Okun, Arthur M. (1975): *Equality and Efficiency: the Big Tradeoff*, Washington D.C.: Brookings Institution.
- Parsons, Talcott (1967): *Sociological Theory and Modern Society*, Nueva York: Free Press.
- (1971): *The System of Modern Societies*, Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- Rose, David y Eric Harrison (eds.) (2009): *Social Class in Europe: An Introduction to the European Socio-Economic Classification*, Londres: Routledge.
- Torssander, Jenny y Robert Erikson (2009): «Marital Partner and Mortality: the Effects of the Social Positions of Both Spouses», *Journal of Epidemiology and Community Health*, 63: 992-98.
- y — (2010): «Stratification and Mortality - A Comparison of Education, Class, Status and Income», *European Sociological Review*, 26: 465-474.
- Treiman, Donald J. (1970): «Industrialization and Social Stratification» en E. O. Laumann (ed.), *Social Stratification: Research and Theory for the 1970s*, Indianápolis: Bobbs-Merrill.
- Weber, Max (1922/1968): *Economy and Society*, Berkeley y Los Ángeles: University of California Press.
- Wilkinson, Richard (1996): *Unhealthy Societies*, Londres: Routledge.
- (2005): *The Impact of Inequality*, Londres: Routledge.
- y Kate E. Pickett (2009): *The Spirit Level*, Londres: Allen Lane [ed. cast.: *Desigualdad. Un análisis de la (in)felicidad colectiva*, Madrid: Turner, 2009].

RECEPCIÓN: 04/02/2011

APROBACIÓN: 08/04/2011